

ya, se expondría á extraviarse de nuevo en el dédalo de las galerías superiores. Siguiendo su corriente, al contrario, le quedaba una probabilidad de salvacion, la de llegar á su origen exterior ó encontrar en el camino una galería lateral que atravesase directamente la montaña.

Y en efecto, la corriente de agua que José sospechó ser el Touvre, que sale de tierra á cinco leguas mas lejos, abundante como un rio caudaloso, se ensanchaba sin cesar. Solamente por el ruido podia José darse cuenta de ello, pues, en su acceso de demencia, se habia privado de todo medio de construirse un nuevo fanal. Al cabo de un cuarto de hora de marcha, este ruido se hizo tan sonoro, que llenaba las bóvedas con una especie de mugido. Al mismo tiempo se vislumbraba cierto resplandor pálido que venia de arriba. Luego el mugido se convirtió en trueno y el resplandor en luz. José pudo distinguir entonces los objetos que le rodeaban en la penumbra. La galería se iba estrechando cada vez mas, y apenas dejaba paso al rio, y á una altura prodigiosa se dejaba ver en la bóveda un punto azul: — ¡el cielo!

Debajo estaba la sima, la sima insondable donde la cascada se precipitaba con furor. — No hay otra salida mas que por arriba. Abajo la muerte, arriba la salvacion.

Sí, allí arriba brillaba el sol, los pájaros cantaban, la brisa charlaba en las hojas de las encinas; ¡esto era la vida! Abajo era el reino del espanto, los remolinos siniestros del agua negra en los torbellinos, los rugidos de las cascadas en los recodos de las grutas. Esto ¡era la muerte!

¡Ah! ¡si José hubiese tenido alas! — Pero ¿cómo subir hacia ese azul del cielo? — ¡Ver la salvacion tan cerca y no poder alcanzarla!... — Decirse: Estoy tocándola; y al mismo tiempo exclamar: ¡Estoy perdido!...

¡Pues bien, no! José no se dió por vencido. Caminando con piés y manos como un gato montés, intentó trepar las rocas. El menor paso falso podia precipitarle á la sima, ¡tanto mejor! decia José. Morir así seria mejor que morir de hambre y de rabia.

Esta energía desesperada le dió mas fortaleza á sus plantas y mas firmeza á sus puños? El hecho es que llegó á una especie de plataforma donde le fué fácil reposarse. No habia ganado mas que diez pasos. La mancha clara, la mancha azul, le parecia siempre tan lejana; ¡pero habia ganado diez pasos!

Habia ganado mas; algunas yerbas silvestres, — á las yerbas como á los hombres les es menester el aire y la luz para vivir, — habian brotado en los intersticios de la roca. José arrancó muchos puñados y satisfizo su hambre con afán; esta comida de salvaje le dió fuerzas, y con un ardor nuevo continuó la ascension. Las rocas se escalonaban unas sobre otras, entrelazándose indistintamente como los dientes de dos llaves cruzadas. De tiempo en tiempo formaban una plataforma bastante ancha para que pudiera pararse, luego se elevaban á pico, tan lisas como una muralla de cristal, y entonces tenia que brincar por encima de la sima, por fortuna muy estrecha, para encontrar al otro lado un acceso mas fácil.

Un hombre de espíritu sereno, aun el mas diestro de los

acróbatas, se hubiese detenido mas de cien veces; pero José no calculaba ya, estaba loco; y ¡qué fuerza, qué agilidad da á los músculos este instinto primordial de la conservacion!

Sus dedos eran de hierro, de acero sus jarretes; sus manos empuñaban mas duramente que tenazas, sus ojos calculaban con una mirada las distancias con exactitud matemática. No era ya un hombre, era un ser saltarin, pegajoso y tenaz que se adheria á todo, como si cada uno de los poros de su piel hubiese formado una ventosa.

Y por momentos la mancha azulada se agrandaba aproximándose. Poco há no era mas que un punto apenas perceptible, y ahora parecia grande como un pañuelo, — como una servilleta, — como una sábana, — y á medida que la luz aumentaba, el aire se hacia mas vivo, y los rumores del abismo se disminuian. Hace una hora, el ruido era como el de un huracan, ahora no es mas que un murmullo.

José no tenia ya necesidad de escalar mas que unos veinte piés.

Encima de él una voz cantaba, — la de un leñador, — y los vibrantes sonidos de su cancion alternaban con los chasquidos del hacha en el tronco del árbol.

— ¡A mí! ¡á mí! gritó José.

Pero nadie respondió á su grito desesperado. El hacha pesada volvió á caer, alternando con la voz.

— ¡Socorro! ¡socorro! gritó José por segunda vez.

El hacha continuaba siempre su obra destructora, alternando con la voz del que la manejaba.

— ¡Ah! pensó José midiendo con la vista la muralla á pico que le separaba de la salvacion. Estoy perdido, no me oye.

Y el leñador continuaba.

¡Otro hachazo! La voz calló. Se oyó un crujido formidable; entre él y el cielo, José vió interponerse una gran masa oscura. La encina gigantesca se inclinó y cubrió todo el precipicio con sus ramas y follaje, y poco faltó para no hacer precipitar al pobre jóven hacia el abismo; pero lo que habria podido ser su perdicion fué su salvacion. Se asió desesperadamente á las ramas mas altas que llegaban hasta él. Habia tenido la precaucion de reunir las en un manajo, y, por débiles que fuesen, le sostuvieron. Así llegó á una de las principales ramas, luego al tronco, y, ayudándose con las uñas, los talones y las rodillas, trepó hasta el borde de la sima.

El leñador, apoyado en el mango de su hacha, contemplaba melancólicamente su obra. Estuvo próximo á huir al ver salir del abismo un ser casi fantástico, pálido como un cadáver, flaco como un esqueleto, siniestro como un fantasma.

José dió algunos pasos vacilantes; extendió los brazos como para volver á tomar su equilibrio, y cayó tan largo como era sobre el musgo verde.

Cuando volvió en sí, vió un rostro lleno de compasion y de simpatía, un rostro jóven, inclinado sobre el suyo y respirando su primer respiro.

El leñador le habia levantado la cabeza sobre una almohada de musgo, le habia cubierto con su chaqueta y con su

blusa, y, en fin, arrodillado á su lado, trataba en vano de hacer penetrar entre sus dientes apretados algunas gotas del contenido de su calabaza.

— ¡Gracias! murmuró José.

— ¡Bueno! ¡bueno! respondió el leñador. Ya os repondreis, chiquito; pero ¡bien podeis jactaros de venir de lejos! ¿Y de dónde y por dónde? ¡buen Dios! ¡Cuánto habreis sufrido y pasado para salir de ese agujero del diablo!

— ¿Dónde estoy? preguntó José.

— ¿Dónde? dijo el otro. ¡En Brancone, pues! y cerca de la Huesa movediza, cuyo fondo nadie conoce. El año último, un guarda quiso bajar á ella; ¡pero qué! Se desarrollaba cuerda tanto y mas. El padre Al Acecho veia allí poco menos que en la boca de un horno, luego oyó en el fondo alguna cosa que roncaba, roncaba como una gruesa bestia. Tuvo tal miedo, que muy pronto gritó para que le retirasen de prisas y corriendo, y hé ahora que salis de ese infernal agujero como si fuéis un murciélago y no un cristiano!... ¡Bueno! ¡bueno! camarada, añadió vivamente, al ver que José queria hablar, me explicareis eso mas tarde: ¡por el momento descansad!

— Tengo hambre, dijo José.

— ¡Es justo! ¡Qué inocente y olvidadizo soy! ¡No debe haber buen figon en casa del diablo del infierno!... ¡Pobre mozo, qué pálido está!...

El excelente jóven fué á su zurrón y trajo un pedazo de pan de centeno y algunas nueces.

José miraba con ansiedad estos groseros alimentos.

— ¡Como me llamo Clemente, dijo admirado el leñador, viendo cómo los devoraba José, se diria que no ha comido hace ocho dias! ¡Paciencia! ¡paciencia! ¡vamos poco á poco! Si hemos casi resucitado de entre los muertos, como dice el señor cura, — y Dios me condene si no preferiria yo estar bien enterrado en el cementerio que metido en el fondo de ese hueco, — no es una razon para atragantarnos como un pato que no tiene agua despues de su pitanza. Bocado á bocado, querido chiquito; no comamos el pan de trigo antes de la borona de maíz, como se dice entre nosotros, ni el guisado antes de las castañas... ¡Bueno! ¡bueno! ¡Pepito! Ahora un buen trago de sidra encima y no pensar mas en eso.

José se sonreia dulcemente al escuchar la parla del honrado Clemente, su nuevo y buen amigo. Pero terminada su comida, trató en balde de enderezarse. Todo lo que pudo hacer fué apoyarse sobre el codo, y todavia no estuvo mucho tiempo en esta postura; volvió á caer en su lecho de musgo y su vista se turbó: una gran nube parda, flotando como ese vapor espeso de aire caliente que rodea los braseros se interpuso entre sus ojos y el cielo. Los objetos se hicieron temblorosos, confusos, rodeados de un reborde del color de iris, en fin, negros como la tinta. Una angustia súbita torció sus entrañas, sofocó su pecho, apretó sus hijares. El aire faltó á sus pulmones.

Se desvaneció.

XII

UNA CAUSA CÉLEBRE.

En aquella época, toda la Francia estaba conmovida con motivo de un proceso criminal escandaloso que se estaba instruyendo en la audiencia de Limoges.

Una mujer distinguida por su talento y su belleza, perteneciente por su nacimiento á una de las familias mas recomendables de la clase media, emparentada por su casamiento con algunos de los mas grandes nombres de la alta nobleza de Francia, la condesa Elena de Quisran-Rancogne, cuyo nombre de familia era Elena de Roumieux, comparecia ante el tribunal de los asises acusada de haber envenenado á su esposo.

Este crimen nada lo excusaba.

El conde Jorge habia sido constantemente para ella, como ella lo manifestaba por libre confesion, el mejor de los maridos, el indulgente y mas tierno de los esposos.

¿Qué razon pues habia podido inducir á esa desventurada á cometer un acto tan odioso, tan infame, y que no hubiese podido encontrar alguna atenuacion sino en razon de haber sufrido un largo tormento ó crueles contrariedades?

Esta razon se la decian todos muy bajito.

Se hablaba de dos hermanos desunidos por un amor comun, de una violenta pasion á la cual la existencia del conde Jorge oponia obstáculo.

Esta pasion, la acusada la confesaba con candor, si bien protestando de su inocencia.

Pero confesada esta pasion, el móvil llegaba á ser demasiado evidente para que fuese posible dar asenso á denegaciones que ninguna prueba apoyaba.

No obstante, algunas personas respondian de la virtud de la condesa Elena con un ardor tan comunicativo que los mas escépticos vacilaban.

En primer término, su camarera Rosa, que no habia consentido en dejarla ni separarse jamás de ella, y á quien la compasion del juez de instruccion le habia permitido acompañarla en su prision.

Era aun el honorable Hércules Champion, su primo, quien, durante largos años, habia vivido en la intimidad del jóven matrimonio, y negaba absolutamente la existencia de todo crimen.

Era en fin toda una poblacion de obreros, todos los empleados, todos los peones de Noirmont de los Hornillos, que declaraban que la señora era una santa.

Ademas, la situacion conmovedora y patética de la acusada, madre apenas hacia un mes, predisponia en su favor el instinto benévolo del público.

Pero, en contra, los cargos que se hacian contra ella eran tan abrumadores, que parecia dificultoso destruirlos.

La autopsia hecha por el doctor Toinon revelaba con evidencia, aunque este médico procurase ser favorable á la acusada, la existencia del veneno.

El reconocimiento medical operado por algunos miembros de la facultad de Paris lo demostró con mayor evidencia todavía.

Desde entonces, dos opiniones diametralmente opuestas podian solamente producirse: O Elena era un monstruo de malicia é hipocresía, ó una víctima envuelta en una trama infame cuyo objeto ni autor se hacia imposible distinguir.

Cada cual, segun sus simpatías ó instintos, adoptaba con igual ardor una ú otra de estas suposiciones.

¡Cosa particular! las mujeres propendian mas bien en sentido de la acusacion, los hombres todos en el de la defensa.

El asiento del fiscal estaba entonces ocupado por un magistrado, M. Maury-Duquesnel, á quien ha sobrevivido su reputacion de integridad y de alta imparcialidad, muerto despues, siendo primer presidente de la audiencia ó tribunal superior de Burdeos. — Dando la parte que merecian, á las ardientes simpatías que rodeaban á la condesa de Quisran-Rancogne, simpatías que él mismo confesaba haber participado al principio de la instruccion, se vió obligado á inclinarse ante la autoridad irrecusable de las pruebas.

El acta de acusacion era una obra maestra de lucidez y análisis concienzudo. Se veia reconstruida allí extensamente la historia íntima y oculta de esta familia, en apariencia tan tranquila y turbada en realidad por tantas borrascas. Mostraba á este matrimonio feliz hasta la llegada del jóven Octavio, despues súbitamente desunido por una fatal pasion.

« Desde este dia, Jorge se ponía triste, estaba distraído; no se ocupaba de los negocios tan diversos y tan complicados de la herrería y dejaba recaer todo el peso sobre Hércules Champion. Hombre de juicio recto, ciertamente, pero de un entendimiento algo obtuso, fijándose solamente en apariencias, adicto á su parienta y á su marido como á una hermana, como á un hermano; por cuya razon, Hércules no habia querido profundizar la situacion, ni tratado de aclarar un misterio que hubiese rebajado á sus ojos á una ú otro.

« Unos celos fraticidas, una pasion incestuosa, no podian terminar sino en un desastre. Por eso se veia, sin explicacion alguna, al jóven Octavio embarcarse para una empresa loca. En seguida, despues de la partida del jóven Octavio, se realiza una conciliacion entre los dos esposos, conciliacion que todo debia hacer esperar fuese sincera, y el conde Jorge, hallando en su inmenso amor una inmensa mansedumbre, perdonaba á su mujer.

« Y esta mujer, en vez de sentirse regenerada por esta misericordia; en lugar de merecer por su sumision y arrepentimiento tan grande gracia, se aprovechaba de este perdon sin restriccion para buscar los medios de desembarazarse de una cadena que reprimia sus apetitos adúlteros.

« Apenas habian trascurrido algunos dias, comenzaba ella su tarea homicida. Al cabo de pocos meses, el conde Jorge

moria doblemente desgarrado por las mordeduras de una desesperacion incurable y por las del veneno.

« Es muy cierto, — pues la acusacion queria hablar de todo, aun lo que por de pronto parecia hacerla inverosímil, — es muy cierto que en esa época tenia lugar una escena conmovedora: una reconciliacion suprema entre el conde Jorge y su criminal esposa. En esta última entrevista, el conde Jorge habia impuesto á la condesa Elena un casamiento con Octavio. Testamento de muerte, sublime y muy digno, en efecto, del carácter elevado y caballeresco de M. de Quisran-Rancogne. Pero además de que la realidad de esta entrevista no estaba probada, puesto que no se apoyaba sino sobre la declaracion de la acusada, sobre el testimonio sospechoso de Rosa y sobre el de cierto José que habia sido imposible volver á encontrar, ¿no podria ser que el marido, que no habia cesado una hora de permanecer siendo el amante de su mujer, se hubiese ilusionado respecto de ella y de su propio hermano? ¡Oh! si hubiese sospechado un envenenamiento, un atentado odioso á su vida, hubiera perdonado quizás aun como cristiano, pero no hubiera podido dejar gozar á la culpable del beneficio de su crimen; ¡no hubiera procurado unirle con su cómplice!

« La verdad es que él creia sucumbir á la tristeza y á la enfermedad, mientras que en realidad caía herido por el veneno.

« Aquí se presenta una doble cuestion: — ¿El conde Jorge habia sido realmente envenenado?

« ¿Cómo dudarlo despues de los resultados tan elocuentes del reconocimiento facultativo?

« ¿Quién habia derramado el veneno?

« Pruebas de diferente índole, concordantes todas, denuncian claramente la mano criminal.

« Un obrero, Jaime, llamado Limaille, tachado por su indisciplina en los talleres de Noirmont de los Hornillos, habia sido despedido por Hércules Champion. Este Limaille se habia jactado altamente, reiteradas veces, delante de sus camaradas, de que no osarian despedirlo. — Y en efecto, la señora intervino en su favor, y Limaille no fué despedido.

« Ahora bien, este Limaille habia sido encargado en secreto, como lo demuestran los libros del farmacéutico Auzoux, y el testimonio de este honorable práctico, que conocia perfectamente á Limaille, de comprar cantidades considerables de arsénico, so el pretexto plausible de destruir los ratones muy numerosos en edificios tan vastos como los de Noirmont de los Hornillos.

« Jaime Limaille habia, es verdad, desaparecido como José. Por fortuna, la atestiguacion en juicio del señor Auzoux quedaba entera y bastaba para ilustrar á la justicia.

« Pero, ¿á qué detenerse en estas pruebas materiales que no eran sino demasiado evidentes?... ¿Quién tenia interés en la muerte del conde Jorge, sino su viuda, su única heredera, y á quien esta muerte devolvía una libertad que la tenia impaciente largo tiempo hacia?

« Tal vez, en ese banco donde venia sola á responder de su crimen, un cómplice hubiera debido estar sentado á su lado. Pero, además de que el ministerio fiscal se inclinaba á

creer que Octavio, á la par que se resignaba á aprovecharse sin escrúpulo de la muerte de su hermano primogénito, ignoraba qué accion monstruosa la habia preparado, la justicia divina se habia encargado de imponerle una expiacion, si la merecia. Vuelto á escondidas al país, perseguido por crimen de alta traicion, se habia, como por milagro, escapado de la vigilancia de los gendarmes para precipitarse á un peligro mayor, pues, segun toda probabilidad, habia encontrado la muerte en las hornagueras de Noirmont.

« ¡Paz á sus cenizas! no ha tenido que dar cuenta de su vida sino ante el Juez supremo, que es quien sondea los corazones, y no se engaña jamás.»

La moderacion de este documento mismo lo hacia terrible. Elena escuchó su lectura con una impasibilidad de muerte. Su interrogatorio no hizo mas que reproducir las partes mas notables. Convino en la exactitud de los hechos, si bien negando con suma vivacidad, firmeza y sinceridad, que nunca jamás tuviera ni aun intencion de cometer un crimen, cuya idea y triste recuerdo le causaban grande horror y afliccion.

La audicion de los testigos no fué sino una monótona y enternecedora letanía de bendiciones y quejas sobre un infortunio tan poco merecido. — Por desgracia estos testimonios, si bien muy honrosos para la acusada, no podian suministrar mas que presunciones en su favor. Ninguno respondia al hecho mismo de la acusacion.

El veneno existe, ¿quién lo ha derramado, si no sois vos?

Sin embargo, producian una buena impresion en el público y en los jurados. Las señoras lloraban como en el melodrama; los hombres no podian, sin que su corazon fuese conmovido plenamente, ver á esa mujer tan noble, tan elegante, tan enternecedora en su dolor, tan sencilla en sus protestas de inocencia, tan ingenua en declaraciones que podian perderla, — sentada entre dos gendarmes en un banquillo infamante.

Quizás de este enternecimiento general, que habia cautivado hasta el corazon del tribunal, hubiera resultado una absolucion completa, sin un incidente que cambió la actitud de la condesa Elena y subsiguientemente el colorido de los debates.

Este incidente se produjo en el momento de la declaracion tan importante y tan impacientemente esperada de Hércules Champion.

Champion se presentó con un aire profundamente entristecido ante el tribunal.

Desde el principio de su declaracion, se notó que contemplaba á la acusada.

« Pero, de repente, esta se levantó vivamente y le abjuró con pasion que dijera toda la verdad. No era ya su actitud sosegada y ligeramente agobiada de hacia poco; ahora se mantenía derecha, altiva, con ojos inflamados, las ventanas de la nariz temblorosas; — en vano su abogado procuraba hacerla callar, sin cesar se elevaba su voz vibrante y mas indignada.

Y esta voz se hizo acusadora á su vez, y denunciaba á Champion: él era quien habia hecho todo. El quien habia

envenenado á Jorge de Rancogne; él quien habia encaminado á Octavio á las hornagueras; él quien, por algun medio sin duda tan criminal, se habia desembarazado de Limaille y de José por miedo de verse comprometido por sus testimonios; dijo eso y otras muchas cosas todavía. Que Champion la amaba con un amor infernal como su alma, y que él habia tenido la audacia de confesárselo, ofreciéndole la impunidad si ella se hacia su cómplice.

Champion la dejaba hablar sin interrumpirla; parecia escucharla con una estupefaccion dolorosa. Cuando hubo acabado y que, agobiada, quebrantada, se dejó caer de nuevo en su banco, derramando lágrimas, ni siquiera quiso responder.

— Señor presidente, dijo Champion con voz ligeramente conmovida, no me esperaba, lo confieso, al venir aquí á protestar en mi alma y conciencia la inocencia de mi infortunada parienta, oír que se me acusara de un crimen de que queria justificarla. La posicion en que se me coloca en este debate es tan excepcional, que soy el primero que pide que se haga una investigacion sobre mi conducta. Esta situacion es tal, en efecto, que ahora no dudo que hay un crimen. La culpable es la condesa ó yo. Acepto el reto, fortalecido como estoy en mi conciencia.

El ministerio fiscal se levantó á su vez. Declaró que, en efecto, en los primeros tiempos, la acusada habia ensayado este sistema odioso de defensa que consistia en hacer caer todo el peso del crimen sobre la cabeza de un inocente. La investigacion que pedia el señor Hércules Champion habia sido ya hecha minuciosamente y sin contar con él, y no habian resultado de ella sino testimonios muy honoríficos para el testigo; y mejor aconsejada, la acusada parecia haber renunciado á ese medio. Comprendia no obstante que en la penosa actitud que le ponía este incidente, el señor Hércules Champion pudiera no ser considerado como un testigo absolutamente desinteresado; por eso, y á no ser en el caso que los señores jurados desearan oírle á título de informante, él, por su parte, renunciaba á su audicion.

Debatido este incidente, y decidido en favor de la justificacion de Champion, produjo al contrario muy mala impresion respecto á Elena. Se vió en su exaltacion la desesperacion de una mujer que se siente culpable, y sabe que no puede salvarse sino haciendo recaer sobre otro el peso de su falta. En la mañana de esta audiencia decisiva, estaba absuelta quizá; pero despues de este estallido, estaba seguramente condenada, aun en la conciencia de sus mas ardientes partidarios.

Su abogado, una de las jóvenes celebridades del colegio de abogados de Paris, se ingenió en balde en conquistarle las simpatías que le habia enagenado su imprudente salida. Arrancó lágrimas, pero no consiguió hacer penetrar en la conciencia de nadie una conviccion que quizás no poseia él mismo. Fué mas feliz en el llamamiento que dirigió á la piedad de los jurados. Les describió de una manera á la vez sencilla, elocuente y tierna, los tormentos morales que sufría aquella mujer, ayer honrada, rica, amada, y hoy desfamada y envilecida. ¡Ah! este castigo, si su conducta lo

merecia, ¿no era el más terrible que un tribunal pudiera imponer? ¿Se encontraban los señores jurados en frente de una de esas conciencias endurecidas que no son sensibles sino por la parte grosera y material de la expiación, ante una de esas cabezas que es menester hacer caer, porque no tienen siquiera la concepción rudimental del bien y del mal, porque incapaces de comprender la magnitud y trascendencia de su crimen, son incapaces de remordimiento?...

El jurado pronunció un veredicto afirmativo, mitigado por circunstancias atenuantes, y Elena Roumieux, viuda del conde Quisran Rancogne, fué condenada á trabajos forzados perpetuamente.

Oyó pronunciar esta sentencia con profundo estupor. Sin lloros, sin gritos, fría como una estatua de mármol, parecía que se decía en aquel momento supremo: «Ya no me importa nada; nada me importa ya».

Su defensor la rogó vivamente que apelara en casación; pero rehusó, declarando que había tenido la desgracia de arrojar un baldon demasiado grande sobre el nombre que había tenido el honor de llevar, para suscitar de nuevo escándalo mayor. El abogado tuvo la imprudencia de repetir estas palabras, que fueron universalmente consideradas como una confesión. Por lo demás, por un favor particular, la pena de Elena fué conmutada en un encierro perpétuo, y por un favor más particular todavía, se le permitió la compañía de su fiel Rosa. Esta benignidad era debida en su mayor parte á la intervención de M. Maury-Duquesnel, que era el único que no estaba sin algunas dudas acerca de la justicia de un fallo tan fácilmente obtenido.

La verdad tiene acentos que no engañan jamás á un alma recta, y aunque todo demostrara la culpabilidad de la señora condesa de Rancogne, su actitud sencillamente resignada no había dejado de conmover al magistrado.

La acción criminal fué naturalmente seguida de una acción civil. Se trataba de pronunciar sobre la suerte de Blanca de Rancogne, la pobre niña condenada á no conocer jamás á su madre, so pena de despreciarla.

Hércules Champion se condujo perfectamente en esta circunstancia. No dejó ver que hubiese conservado el menor rencor por la acusación odiosa inferida contra él por la madre, y se mostró el defensor más ardiente de los intereses de la hija.

Sin embargo, por un sentimiento de delicadeza quizás exagerado, pero de que se hizo mucho caso, se recusó completamente como tutor de Blanca, é hizo designar por el tribunal, para este cargo, á un hombre cuya probidad era notoria, al señor Matifay, quien además tenía algunos intereses empeñados en la explotación de Noirmont. Champion no tuvo trabajo tampoco en demostrar que él solo podía restablecer los negocios de la ferrería singularmente comprometidos por las negligencias de Jorge de Rancogne, su último propietario, y á pesar de su repugnancia visible á encargarse de ello, se dejó imponer la gerencia por el primer presidente, que defendía paternalmente los intereses de la menor.

Así terminó este asunto que tan vivamente había preocupado la opinión pública.

La actitud de Elena no varió en su prisión: tal cual se le había visto el día de su condena, tal se la veía todavía, sin lágrimas, como sin sonrisa. No salía de su celda, sino para pasearse en el patio, siempre apoyada en el brazo de su fiel Rosa; y poseidos de un miedo extraño, los demás presos se apartaban de ella.

Muchas simpatías se habían enfervorizado en su favor después de su condena. Algunas señoras compasivas de las que visitan las prisiones, vieron una conversión que hacer en su persona; Elena las recibió cortesmente, pero friamente, y con una altivez que las impuso tan fuertemente, que las buenas señoras, después de tartamudear algunas palabras, se despidieron y se fueron para no volver más.

Presto las nobles curiosas que se desviaban de su camino para hacer una visita á la celebridad judiciaria del momento, se cansaron de encontrar siempre su puerta cerrada, y la pobre mujer se vió en fin desembarazada de esas simpatías indiscretas y de esa compasión humillante. No tuvo entonces más que la sociedad de Rosa por toda distracción, y también frecuentes visitas del capellán de las prisiones.

Este honrado y prudente eclesiástico no hablaba de ella sino con el mayor respeto, y cuando alguna devota le preguntaba:

—Vamos, señor capellán, decidnos la verdad: ¿Vuestra penitencia de la prisión, es culpable?

Él respondía meneando la cabeza:

—¿Quién sabe? culpable ó no en otro tiempo, hoy la señora de Rancogne es una santa.

Esta declaración del capellán se interpretaba aun como una confesión tácita del crimen; pues ¿á qué podía servir tanta virtud, sino para expiarlo?

No expiaba, sin embargo, la pobre condesa inocente; ¡había vertido demasiadas lágrimas por sus queridos muertos, por Jorge, de cuya muerte se le había acusado injustamente!... ¡Por Octavio, sepultado en los abismos helados de las hornagueras; por su pobre hija, su pobre hija bien muerta también para ella, puesto que no la volvería á ver nunca! Sí, había derramado demasiadas lágrimas para poder todavía gozar de consuelo y de sosiego. Sus ojos estaban secos hoy, pero su imaginación estaba continuamente contemplando su miserable situación. No pasaba un segundo sin que en ella no pensara. Por la noche soñaba sobre eso, y su rostro petrificado había conservado una apariencia extraña de estupor, como si, sin cesar, hubiera asistido á un espectáculo horrible, visible para ella.

Por lo demás, esto no era locura. En los raros instantes en que, ó bien la ternura de Rosa, ó la visita del capellán, la arrancaba de su mística contemplación, la Elena de otro tiempo reaparecía de repente tan dulce, tan ingeniosa, tan encantadora, tan amable; pero esta transformación no duraba sino algunos instantes. Durante estos instantes se había evadido de su prisión, había ido á pasearse, en espíritu, á los campos llenos de sol, á las vastas praderas cubiertas de flores, y á escuchar los trinos y gorjeos del canto de los pájaros. Su corazón, su libre corazón se había al mismo tiempo escapado de esta otra cárcel, la desesperación que la envol-

via para siempre. — Pero luego las puertas se volvían á cerrar sobre la prisionera con un ruido de fétetro que se clavaba, y pagando caramente este minuto de olvido, volvía á recaer más profundamente en el abismo de sus pesares y de su tristeza.

XIII

CLEMENTE.

Clemente habitaba, en los lindes del bosque de Brancone, una antigua casa de guarda, que no era ya más que una ruina.

Esta masada, cuyos paredones, groseramente fabricados con un barro de color rojizo se distinguen difícilmente, á primera vista, de una roca natural, estaba y está todavía (porque creo que aun subsisten uno ó dos lienzos de pared) como agazapada en un estrecho valle cascajoso.

Nada más triste que este paraje; la toba, cubierta apenas con una ligera capa de humus, deja allí por doquiera salir guijarros oscuros semejantes á osamentas mal enterradas. El musgo crece pardo, el verdor mismo parece terroso y negro; en fin, no sé que jamás se haya oído allí otro canto que los graznidos del grajo ó el chillido de la zumaya.

En este valle desolado habitaba solo el jovial Clemente, huérfano de padre y madre; favor que le había sido concedido por el guarda mayor en recompensa de sus buenos servicios y de su amor al trabajo.

Los groseros muebles que guarnecían el único cuarto que Clemente ocupaba en la masada, eran debidos enteramente á su propia industria. Algunos trozos de troncos servían de sillas, cuatro tablas mal acepilladas clavadas sobre piés fijos, formaban la cama; un cofre, en fin, toscamente construido con la ayuda de una podadera, y una mesa aun más groseramente labrada y bamboleándose en sus apoyos desiguales, completaban el mobiliario de este cuarto.

Es que en realidad la morada de Clemente no era este tabuco oscuro, sino el bosque.

Allí pasaba todos sus días, desde el primer resplandor del alba hasta que la última claridad del crepúsculo se hubiese extinguido. Habitado desde su más tierna infancia á la soledad más absoluta, se había hecho amigo de las rocas y de las encinas; hablaba con el mirlo y la oropéndola, la ardilla era su comadre y Juan gazapo su camarada.

Conocía los bosques como ninguno, y el paraje donde la violeta embalsama, y aquellos donde la fresa enrojece, y las pendientes donde se encuentran el hongo carmesi y la cepa sabrosa.

Sabía también lo que dice el viento en los árboles; nada más que al susurro de las hojas, hubiera podido afirmar, aun en medio de la noche más oscura, la calidad del árbol, y decía:

— Es un fresno... ó un castaño... ó una haya.

Contaba historias maravillosas sobre los escarabajos voladores, sobre las hormigas, sobre todos los animalejos que viven y se agitan en los musgos.

Sin embargo, ningún maestro le había enseñado, sino la naturaleza misma.

La silvia y el ruiseñor habían sido sus profesores de música, y esto, no obstante, las muchachuelas exclamaban con sencilla admiración:

— Para el trino y el gorjeo, no hay ninguno como este Clemente.

Clemente componía sus canciones él mismo. Era á la vez el cantor, el poeta, el músico, y también, lo más frecuentemente, el único oyente.

No le gustaba ser distraído por nadie, pues apenas se acercaba un desconocido, un indiferente, que la inspiración huía de sus labios como un pájaro que se escapa volando.

Pero cuando estaba solo en su obra, era una verdadera alborada. Entonces cantaba, cantaba sin interrumpirse, como la langosta en la yerba ó el pardillo en la rama. Cualquier asunto, cualquier tema le eran buenos... Hablaba á su hacha, al árbol que cortaba, al pájaro que volaba, á la flor que olía bien, á la espina que rasguñaba su mano. Decía todo lo que le pasaba por la cabeza, y sin esfuerzos las palabras se rimaban, las asonancias se balanceaban con armonía, y el aire jocoso, triste, melancólico, burlesco, se amoldaba por sí mismo en el versículo de la canción.

¡Era maravilloso! Las pastoras lo sabían bien. Cuando oían en los lindes del bosque el retumbo conocido de su hacha, acudían rápidamente, y acurrucadas detrás de los matorrales, escuchaban estáticas. A veces el bello leñador se apercebía de ello; pero cuando estaba bien en vena, eso no le molestaba; al contrario, entonces cantaba mejor, á plena voz, modulando los sonidos de un modo maravilloso. La melodía, vaga primero, se fijaba. Las palabras indecisas condensaban su sentido fluctuante, y según el sol era claro ó el cielo sombrío, la canción se hacía alegre ó triste.

Pero hacía largo tiempo que las pastoras no oían ya el trino ni los gorjeos de Clemente, y muy atónitas, se preguntaban:

— ¿Acaso el invierno va á volver antes que de costumbre, pues este Clemente no canta ya, mientras que el ruiseñor canta todavía?

Es que Clemente no salía ya de su chozil; con la ternura de madre ó de una hermana de caridad, estaba cuidando á José, su nuevo amigo, abrumado hacia tres largos meses bajo el peso de una grave enfermedad, y quebrantado por una ardiente calentura.

En esta hora José estaba ya salvado. Acostado en la cama blanca, miraba con un reconocimiento melancólico á su enfermero acurrucado en el rincón del fogón, trezando con mano ejercitada cestas y canastillos. No pudiendo ya ser leñador, el honrado joven, por no abandonar á su enfermo, había tomado este nuevo oficio.

Clemente interrumpió de repente su trabajo, se acercó con inquietud á la cama donde José acababa de volverse al